

EL INSOMNIO DE EDIPO REY

Pedro Jiménez Sánchez

Image not found.

Capítulo 1

EL INSOMNIO DE EDIPO REY

La respiración se me entrecorta cada vez que suena el reloj. ¡Qué mala es la madrugada cuando el inconsciente se niega a dejarnos entrar! ¡Qué peligroso es el insomnio que, no pocas veces, pierde a los hombres!

El único estante en el que quedan libros aceptables, que sólo la gente con dignidad y respeto por sí misma decide leer, no alberga ya ni un solo ejemplar nuevo: he releído todo lo que el sentido común y las buenas costumbres aconsejan.

Pareciera como si la noche, a su vez, durmiera la siesta. Las campanadas del reloj insisten una y otra vez, y aquélla se resiste a comportarse como es debido: a ser noche también para mí, pues bien es sabido que los seres humanos pueden dormir de día. Al menos, la mayoría. Las dos y media.

No obstante, a pesar de la deserción de los libros respetables, no estoy solo del todo: el reloj me habla dos veces por hora, pues tiene el detalle de dar las horas y las medias. Que habrá a quien le canse o moleste eso, pero a mí, la verdad, me da vida. La misma campana que me sobresalta es, a la vez, mi mejor amiga; ¿o, debería decir, mi única amiga?

Mi cabeza tira de memoria y viaja hacia el Norte: se sumerge en un bosque que luce árboles con pinturas artísticas en sus troncos. Nunca antes de aquella vez había estado en un museo en plena naturaleza, y aquella visita fue una caricia que quiso hacerme mi juventud, que no todo el mundo puede decir lo mismo. El artista pintárboles - nunca recordé su nombre, nunca vi su rostro - pensó en mí al volcar su musa en aquellos pinos milenarios, no pudo ser de otro modo: a cada brochazo de color con que acompañaba a la aburrida savia debió añadir un pensamiento altruista del tipo: "a saber a cuántas víctimas de insomnio puedo ayudar en el futuro gracias a mi arte".

Las tres.

En aquella época yo tuve amigos, o eso creí. Mi madre murió sin llevarse su colección de pañuelos, que me dejó colgada en esa percha ambulante que tanto estorba en mi dormitorio. Mamá, tienes que llevarte los pañuelos. ¡Mira que se lo dije veces!. Entre aquellos amigos que creí tener, había una artista del lienzo que fue la que me llevó al bosque de Oma. No sé dónde estará ahora: tal vez felizmente casada, quizá rodeada de pilluelos que le ensucian la casa y no la dejan pintar, pero seguro que a estas horas, esté donde esté, está durmiendo.

Menos mal que hay gente que inventa los relojes de pared con campanadas, menos mal que hubo quienes crearon la escritura: no todos los héroes habitan las epopeyas y tragedias de la literatura clásica. ¡Demonios, qué frío hace fuera de la cama! Ya se han vuelto a salir las sábanas por los pies. ¿Qué os estaba diciendo?

¡Ah, sí: los árboles con los troncos pintados! Los árboles son el rostro de la piedad. No sé si aquella vez pensé si en aquel museo de pinos se habría derramado sangre alguna vez, o si alguien habría llegado a sentir verdadero miedo, o ese odioso aguijón de la tristeza que se clava en el alma cuando la soledad es el sentimiento con el que más se identifica uno, o el que más veces le acompaña. Porque hay gente que dice que tiene muchos amigos. Mamá, ¿por qué te fuiste? ¿Por qué me dejaste?

¡Qué sucio está al salón! ¿Cuánto tiempo hace que no paso la aspiradora? ¿Alguien puede decírmelo? Desde el sofá contemplo cómo asoman sus fauces algunas pelusas por debajo de la mesa de camilla. Creo que debería hasta ponerles un nombre; si van a seguir dándome compañía mucho más tiempo, lo adecuado sería saber cómo dirigirme a ellas.

Las motas de polvo también porfían por asegurarse su cuota de protagonismo. A veces forman un pequeño remolino con el leve susurro de aire que se cuele, cual travieso polizón, bajo la rendija de cualquier ventana mal encajada en el marco. Este piso ya va para viejo.

La cansada mirada se me pierde en la superficie de los muebles más cercanos, ésos que una vez parecieron barnizados, que tuvieron algún lustre, que pudieron simular que pertenecían a un hogar con vida. Los muebles nunca se quejan del insomnio, ni del propio ni del mío; los muebles son más respetuosos que la mayoría de los humanos, murmuran mis voces interiores, ésas con las que dialogo casi veinticuatro horas diarias.

¡Qué árido, qué áspero y dilatado se torna el tiempo para aquél al que su propia voz apenas concede tregua!

A pesar del gélido traje de la madrugada, algo me empuja a asomarme al balcón de la terraza. Eso supone abrir la puerta de la misma y dejar entrar en casa a los tres grados de temperatura que asolan la desierta ciudad.

Me aproximo al balcón con miedo, con algo muy parecido al escalofrío, diría yo. No sé si es el frío o el abismo lo que me asusta. Éste surge del fondo de las tinieblas, las que yacen en algún recóndito rincón de la mente que espolea a las voces que no callan, las que no dejan dormir.

Mientras me acerco, me recuerdo de nuevo que, ahora mismo, la inmensa mayoría de mis paisanos duermen, como a su vez lo hacen las calles y las plazas. ¿Por qué siguen encendidos los semáforos si no hay nadie en las

avenidas? ¿Qué coche va a estar despierto a estas horas? La cuatro y media.

Una profunda intuición me hace sentir la cercanía de los semáforos que, sin duda, tienen algo en común conmigo. No sé si a ellos les llega también cada campanada del reloj. Tampoco sé si son especialmente afortunados de ser una simple luz de tráfico. En otro tiempo llegué a pensarlo: ¡qué suerte tienen por no poseer memoria!

El frío me cala hasta algo más hondo que los mismísimos huesos. Qué fría debe de ser la muerte. Poco se han glosado las victorias de tan monumental compañera de los hombres. Qué suerte tienen los árboles: comparten con los semáforos no tener memoria, no tener mente. Si no tienes mente, no mueres, no pasas frío.

Las cinco.

Me asomo al balcón y ese profundo escalofrío me recorre el espinazo, como si emergiera de lo más hondo de mis emociones, de las más oscuras: el fondo del abismo se alza cual poderoso imán y el suelo parece gritar, desde allí abajo, que se encuentra solo, que tampoco él soporta la madrugada y que necesita compañía, aunque sea la de un cuerpo inerte. Dice que no le molesta la sangre, que incluso ésta tiene algo de morboso que le atrae. Pocas veces ha disfrutado el suelo de la sangre para lo mucho que le gusta; mejor sangre que soledad, parece decir.

¡Qué asociación más letal forman el insomnio permanente y ese suelo! Ese maldito y gélido suelo que, en su aparente silencio, seduce como los cantos de las sirenas a los marineros de Ulises: ese sucio y maloliente pavimento también sabe cantar su danza maldita.

Y vuelven las voces. Los muertos no sufren insomnio. Las seis. Las campanadas van a destrozarme mis tímpanos: suenan más estridentes desde el salón, como reclamándome que regrese. Tal vez teman que, si no lo hago, no tengan nadie más a quien sobresaltar en las noches interminables.

El frío aquí fuera se hace ya insoportable: protestan el pulso temblón y los doloridos huesos; se quejan la enrojecida nariz y los lacrimosos ojos, cuyas húmedas retinas no saben decidirse entre la oscuridad del exterior o la luz del salón. ¿O es al revés: entre la iluminación de la calle y las tinieblas del interior? No se sabe qué es peor en la realidad: si el frío del balcón o el de la soledad del salón, de la casa, de la cama. Dicen las voces. Mamá, ¿es la muerte tan terrible? De serlo, ya me habrías advertido, ¿verdad? Las seis y media.

Unas sombras que me erizan los poros de la piel han pasado volando cerquísimas de mi rostro: no sé si son murciélagos o el eco de mis

pensamientos. O las voces. ¡Mamá! Mucho frío, muchísimo. No cesan de tiritar todas las entrañas y recovecos de mi alma. Yo tuve una infancia, ¿sabéis?, con amigos, y juegos, y una madre que me daba un beso de despedida, antes de irme al colegio, cuando me colgaba a la espalda la mochila con el bocadillo. Hubo vida. Sí. Alguna vez la hubo. Creo.

Una tenue luz anaranjada parece surgir en el horizonte. No se parece a la de las farolas de la acera. Creo que es la aurora. Un hombre cruza la avenida; lleva traje y un maletín. Hay gente en el mundo, por lo que se ve. Y yo aquí, más cansado que ayer y menos que mañana. Pues sigue sin sonar tan mal eso del eterno descanso. Tal vez otro día. Otra noche, quiero decir. Decididamente amanece.